

LA REVOLUCIÓN MOLECULAR

FÉLIX GUATTARI

Traducción de Guillermo de Eugenio Pérez



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2017
TÍTULO ORIGINAL: *La Révolution moléculaire*

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



© Les Prairies ordinaires
Published by arrangement with Agence littéraire Astier-Pécher
All rights reserved

© de la traducción, Guillermo de Eugenio Pérez, 2017

© Errata naturae editores, 2017
C/ Doctor Fourquet 11, local dcho.
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-34-9
DEPÓSITO LEGAL: M-43460-2016
CÓDIGO BIC: JPWJ
ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Miguel Brieva
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

MÁQUINA TELEGRAMA	9
TUMBA PARA UN EDIPO	11
I. REVOLUCIÓN MOLECULAR Y LUCHA DE CLASES	19
EL FIN DE LOS FETICHISMOS	21
LAS LUCHAS DEL DESEO Y EL PSICOANÁLISIS	36
MICROPOLÍTICA DEL FASCISMO	53
PARTIDO CENTRALISTA	
O MÁQUINA DE GUERRA REVOLUCIONARIA	76
EL CAPITAL COMO ELEMENTO INTEGRANTE	
DE LAS FORMACIONES DE PODER	81
UN PLAN GLOBAL	108
II. LA EUROPA DE LOS FURGONES POLICIALES	125
SOCIALDEMÓCRATAS Y EUROCOMUNISTAS	
FRENTE AL ESTADO	127
MILLONES Y MILLONES DE ALICE EN POTENCIA	144
LOS ENCUENTROS DE 1977 EN BOLONIA	152
ACERCA DE LA REPRESIÓN EN EUROPA	173
COMO UN ECO DE LA MELANCOLÍA COLECTIVA	184
CARTA A LOS INTELLECTUALES ITALIANOS	
SOBRE LAS DETENCIONES DEL 7 DE ABRIL	194
LA POSIBLE AUTONOMÍA	198
III. MICROPOLÍTICAS DEL DESEO Y DE LA VIDA COTIDIANA	203
SENTIDO Y PODER	205
LA JUSTICIA Y EL FASCISMO ORDINARIO	225
A PROPÓSITO DE LA TERAPIA FAMILIAR	244
PROVOCAR LA HUIDA	249

DEVENIR NIÑO, DEVENIR MALEANTE	301
TAMBIÉN HAY TRAVELOS FELICES	323
DEVENIR MUJER	325
UN BOMBAZO ALBOROTADOR	330
PARA EL 138º ANIVERSARIO DE LA LEY DE 1838	334
TRES MILLONES DE PERVERSOS AL ESTRADO	342
LAS DROGAS SIGNIFICANTES	353
LA MISERIA ACTUAL	362
LAS RADIOS LIBRES POPULARES	366
CONCLUSIÓN	373
PROGRAMA	376
IV. EL CINE: UN ARTE AL SERVICIO DE LAS MINORÍAS	379
EL ARTE MENOR	381
<i>LA BALADA SALVAJE</i>	385
LAS CINEMÁQUINAS DESEANTES	397
EL DIVÁN DE LOS POBRES	411
V. ANDAMIAJES SEMIÓTICOS	425
PARA UNA MICROPOLÍTICA DEL DESEO	427
EL VALOR, LA MONEDA, EL SÍMBOLO	486
EL PLAN DE CONSISTENCIA	493
LA CONSCIENCIA DIAGRAMÁTICA	510
REDUNDANCIAS INTENSIVAS Y	
REDUNDANCIAS EXPRESIVAS	513
ÉL Y YO (<i>MOI-JE</i>)	520
LAS PROPOSICIONES MAQUÍNICAS	534
LAS MÁQUINAS CONCRETAS	549

MÁQUINA TELEGRAMA

DIECINUEVE LÍNEAS MÁQUINA

SENTIDO ÚNICO SIN SENTIDO / *FEED BACK* MÁQUINAS TÉCNICAS - ARTE
- *SOCIUS* SISTEMAS SEMIÓTICOS / MÁQUINAS CADA VEZ MÁS DESTERRI-
TORIALIZADAS / LIQUIDACIÓN UNIVERSALES, SIGNIFICANTE, ETC. / MÁ-
QUINAS ABSTRACTAS = CRISTALIZACIÓN DE POTENCIALIDADES, BAILE
SILENCIOSO MÁS ALLÁ DE COORDENADAS TIEMPO, ESPACIO, SUBSTAN-
CIAS DE EXPRESIÓN, MATERIA INTENSIVA / ABOLICIÓN PUNTOS FIJOS
TRASCENDIENDO HISTORIA / INVARIANTES PROVISORIAS TEJIDAS SO-
BRE *PHYLUM* MAQUÍNICO / AGENCIAMIENTOS COLECTIVOS / RUPTURA
ENUNCIACIÓN INDIVIDUADA / SUJETO RESPONSABLE - CULPABLE FUERA
/ *SPLITTING* DEL YO, CARENCIA, FALO, COMPLEJOS ESTRUCTURALIZADOS
LINGÜÍSTICALIZADOS, TRADUCTIBILIDAD UNIVERSAL FUERA, FUERA,
FUERA... SIGNIFICACIÓN SIEMPRE CUESTIÓN DE PODER / SIGNIFICADOS
DOMINANTES / GRAMATICALIDAD DOMINANTE / ESPECIALISTAS INTER-
PRETACIÓN = POLICÍAS DEL SIGNIFICANTE / LADO DESEO = POTENCIA
- RIZOMA / LADO PODER = AGUJERO NEGRO, ARBORESCENCIA, JERAR-
QUÍA, MANIQUEÍSMO DE LOS VALORES / FIN DEL ENCERRARSE-EN-SÍ =
DEVENIR ANIMAL, PLANTA, COSMOS / DEVENIR MUJER, NIÑO = DESHA-
CER ESTRATIFICACIONES DE PODER / RIZOMA, ENTRADAS MÚLTIPLES =
MÁQUINAS TÉCNICAS, ARTE, *SOCIUS*, SISTEMAS SEMIÓTICOS - SENTIDO
ÚNICO SINSENTIDO / MUTACIONES MÁQUINAS ABSTRACTAS, PLAN DE

CONSISTENCIA MAQUÍNICO / ESTRATOS - REPRESENTACIÓN - PRODUCCIÓN - SIGNO - COSA - SOCIUS, FUERA / RUPTURA OPOSICIÓN SUJETO - OBJETO / SEMIOTIZACIÓN ABIERTA / AGENCIAMIENTOS MAQUÍNICO / PROCESO COLECTIVO ENUNCIACIÓN - PRODUCCIÓN / SUJETO TRASCENDENTAL FUERA / MULTIPLICIDADES / INTENSIDADES DESTERRITORIALIZADAS

TUMBA PARA UN EDIPO

A modo de dedicatoria a Lucien Sebag y Pierre Clastres

La muerte, ¿entiendes, colega?... pero ¿qué muerte? ¿Esa de la que se habla, la muerte dulce que viene durante el sueño, o la otra, la muerte y sanseacabó?

Durante un periodo de mi vida, a los seis o siete años, tenía cada noche la misma pesadilla: veía a una señora vestida de negro que se acercaba a mi cama. Yo tenía mucho miedo. Entonces me despertaba, y ya no quería volver a dormirme. Una noche mi hermano me prestó su fusil de aire comprimido, diciéndome que si volvía a aparecer sólo tenía que dispararle. Ella nunca regresó. Pero lo que más me asombra, lo recuerdo bien, es que el fusil (real) ni siquiera estaba cargado.

Esta historia se desarrolla en dos partes. Del lado izquierdo del escenario —la parte del significado— está mi tía Emilia (la hermana de mi padre): con su nombre fúnebre, sus ropas negras, su manía de entrometerse en todo... Del lado derecho —la parte del significante— se encuentra *el armario*, el armario con espejo que estaba enfrente de mi cama, en casa de mis padres. ¡Sí, sí! El arma desarmada, el armario, la dama del sudario, las armas de mi yo precario, la señora-negro-de-misa, la artemisa, la miseria de los años treinta, mi padre, que había fracasado en su intento de criar conejos de angora con la ayuda de la tía Emilia: con la crisis y después de tener que malvender el negocio ¡acabamos comiéndonos los conejos! Papá estaba al borde del suicidio, pero pensó en sus hijos...

La muerte, el espejo. Yo, que estoy allí, pero que también podría no estar. Yo, todo sí. Yo, todo no. Yo, todo o nada.

También está la historia del perro. Me mordió, o me tiró al suelo de guijarros frente a la mansión de Maigremont, donde vivía la tía Germaine —la hermana de mi abuela materna—, justo delante de un gran aposento sombrío al nivel de la calle, con un billar y una cosa de esas para probar vestidos, chaquetas o no sé cuántos tipos de ropa: un cuerpo sin cabeza, un cuerpo al que se podría apuñalar sin que sintiera nada, montado sobre un eje de madera y coronado por un boliche también de madera. Más tarde lo asocié con las palabras *corpse* y *body*. Las encontré en un vocabulario, un libro con las tapas azules —como el «azul del cielo»—. Y aún después lo relacioné con el cuerpo sin órganos¹ deleuziano.

Más vale tener dientes que habitar las áridas montañas de la abstinencia.

Yo, sin hacer ni decir nada, una cosa que se aferra precariamente a un recuerdo en ruinas de Normandía. La muerte en este jardín. El diente del perro. Un perro en el balcón preparándose para saltar. Un perro en la noche. El nombre del perro del nombre del padre. Puro sujeto de renuncia, quiere decirme que dice algo. Un perro que piensa. También está el perro pringoso que baja los escalones al final de *Los olvidados*². Animales, palabras animadas totémicas de la muerte. Una paloma en el jardín de mi tío paterno. Se infla igual que una rana. Ahora es un águila. El *fusil* de mi padre. Un águila gigantesca y amenazante. Disparo, disparo sin parar. Es como un *maniquí*. ¡No hay nada que hacer! Ese gigante con el que Charlot está empeñado en pelearse inútilmente. (Le incrusta la cabeza en una lámpara de

¹ Se podría definir el cuerpo sin órganos como algo que se construye, que se fabrica a partir de una serie de ejercicios de experimentación, los cuales consisten en tomar nuestro cuerpo y abrirlo a un sinnúmero de conexiones con potencias de todo tipo. Ese proceso, de conformidad con un conjunto de procedimientos, daría lugar a una suerte de desarticulación del organismo y desorganización de los sentidos (nota de los editores, a partir de ahora N. de los E.).

² Se refiere a la película de Buñuel, México, 1950 (nota del traductor, N. del T.).

gas). Después de días de reflexión sobre el texto de ese sueño acabé por comprender que la paloma y el águila eran dos partes de la dirección de mi antiguo domicilio —nostalgia— «la rue de l'Aigle, la Garenne-Colombe»: territorialidad de la infancia que se esfuma por una esquina. ¿Quién sería yo si no fuera de papá-mamá? El pájaro muerto levanta el vuelo. Aquí estoy yo. Irreversible desprendimiento de una pulsión de muerte. Y esta vez el fusil (imaginario) estaba cargado.

Se acabaron los perros ambiguos, los grandes excrementos de perro sobre la gravilla. Todo o nada. El águila o la paloma. Los dos no caben en el mismo espacio. De todas formas, al final, nada de nada. Maniqueísmo perverso. Tierra natal reventada, como el huevo en el plato de mi primo —materno—, siempre en Maigremont, en la gran cocina de abajo. Tierra natal desprendida igual que se desprende una esquina de tela encerada de la mesa en otra cocina.

Seis meses permanecí en casa del tío Charles, que tenía un jardín con pájaros. No le quedaba mucho de vida: cáncer de fumador. ¡Al principio pensábamos que no duraría más que unos pocos días! Después de aquello nunca jamás regresé a la casa —paterna—.

Un enorme agujero en la pared, en el sitio donde normalmente estaba mi *piano*: la idea de la *vacuidad*. Más allá: la calle, una encrucijada, esa especie de islote que destaca en la acera frente a la salida de la Mutualidad. Un poco más lejos: un gran vendedor de pianos. L. S. estaba allí, apoyado en el muro. Fue poco antes o después de su suicidio. No lo sé. Pero ya había atravesado el muro edípico. ¡Aunque es cierto que se quedó encerrado en él! ¡Él tenía razón, sabía más que yo! Yo no quería saber. Dentro estaba mi madre, en el piso de abajo. Puede que en el primer piso estuviera mi padre. O puede que se hubiera marchado —ya—; no se sabe adónde! Como hizo mi abuelo paterno, al que no llegué a conocer; en todo caso, no debería haberlo hecho.

Mamá detrás de una ventanilla. Una oficina rural de correos. Es la hora de cierre. Llego justo a tiempo. O demasiado tarde. Ella ha terminado de hacer las cuentas. La caja está cerrada. Yo insisto. ¡Silencio! Me hace un signo con la cabeza señalando, a la derecha, una puerta que se abre sobre un oscuro vacío. Silencio. Terror. Que no nos oiga. ¡Tendría que estar ya cerrado y finiquitado! ¿Quién, él? Seguramente sea mi padre tumbado en su lecho de muerte. Espera a que ella venga a reunirse con él. Es una historia de toma de corriente: la *lámpara* va a apagarse; todo está perdido. Entonces consigo volver a enchufar la historia, justo a tiempo...

Tengo nueve años, todavía faltan algunos meses antes de que estalle la guerra; estoy en Normandía, en casa de mi abuela —materna—. Escuchamos «El traidor de Stuttgart»: Jean Herold Paquis... Mi abuelo —en segundas nupcias—, un tipo enorme y gentil, está sentado en el excusado. La puerta se queda abierta para que pueda oír la radio. A sus pies, mi caja de recortes: las pequeñas muñecas de papel a las que hacía vestidos. El yayo tiene la cabeza entre las rodillas; los brazos le cuelgan. ¿Va a coger mis juguetes? ¡Me dan ganas de gritarle algo! Silencio. Giro la cabeza, lentamente —una eternidad— hacia la luz del aparato de radio. Un estruendo espantoso. Esparcido por el suelo. La abuela grita. Congestión. Cortar un trozo de oreja. Llamar a los vecinos, solo en medio de la noche. Gritar, gritar...

«¿Quieres verlo por última vez?». Un periódico sobre la cara. Por las moscas... Un periódico sobre los botes de mermelada que la abuela acababa de llenar... por las moscas.

Un cadáver en lo alto de la alacena, donde solían estar los botes de mermelada.

Había escrito un poema para que lo pusieran dentro de su ataúd. «¿Quieres una rima buena de verdad?». Me dijo: «En lugar de *hoja muerta*, no tienes más que escribir *las hojas se mueren*». «Pero eso no puede ser, abuelito». «¡Que sí, te lo digo yo!». Ten-

dría que haberle preguntado a otro, porque —aunque yo le quería mucho— es posible que no tuviera mucha idea. Había sido obrero. Un tipo raro. Un huelguista. Fue en Monceau-les-Mines. Se enfrentaron. Hubo muertos.

Acercarse al suicidio. Objeto fóbico. Morir para conjurar a la muerte. *Corpse. Body*. Carnes que se convulsionan para acabar con la finitud. La muerte en el hueco de la mano, el dedo sobre el gatillo, para otros mil desastres. Bajar la tapa del inodoro. Tirar de la cadena. Voluntad de impotencia.

Una bala en la boca, otra en el corazón. A su hermano le habían volado la cabeza hacía sólo un año. Fusil de caza. A bocajarro. Yo no me enteré de nada. Militar sin comprender. Su manera de decir «mierda». Furor. Como si me hubieran disparado.

Ingenuas golondrinas. Rubia cabellera. Por la mañana temprano en el metro. Vuelve a verme cuando tengas dinero para pagarme, pequeño, vuelve cuando hayas conseguido, de alguna forma, un buen puesto. En realidad, ella no se encontraba cómoda. Puede que ni siquiera hubiera sabido qué hacer con un puesto así.

Es peor el remedio que la enfermedad. Dime, con sinceridad, ¿crees que podría con ello? Tu ingenuidad y tu entusiasmo me asombran. Es cierto que me siento mucho mejor. Pero precisamente eso es lo que más me agobia, porque de todas formas ya es demasiado tarde. Ahora soy demasiado viejo. No puedo volver a empezar. ¿Me oyes? ¿O es que finges que no me crees simplemente por deformación profesional? Ya sabes, por fin he descubierto cómo hacerlo. Sólo con pensarlo me entusiasmo. Pero tengo que esperar todavía, sólo podría hacerse en primavera... Ya verás, te gustará... Dormir en la playa, con la marea que sube, después de haberse tomado unos cuantos comprimidos, justo los necesarios para dejarse llevar sin resistencia.

Intimidad secreta con todos los que no consienten que la muerte les llegue desde afuera. Trabajar el luto como un pianista

trabaja sus escalas. ¿Una muerte para conjurar algo peor? ¿Una muerte que se hubiera transformado en algo propio, en algo familiar? ¡Pero hay otra muerte, esa sobre la que no decimos nada, la que no podemos localizar, la que pone en fuga todas las cosas! Hay dos políticas del suicidio: la paranoico-familiarista de Werther y la del incesto esquizo de Kleist. Por un lado, una muerte humana y significativa, compréndelo mamá, ya no podía más, te comprendo, hijo mío, entendido mi general, todos nos entendemos, la muerte guiñando un ojo, la muerte miserable; por otro lado, una muerte orgullosa, la deriva contemplativa, o esto o lo otro, hasta el infinito, una disolución por desatención.

La imagen significativa, para convencer, para poner en escena el acto mortal, seca sus lágrimas: ¡se acabó la comedia! La imagen se aferra a la muerte simbólica, a la muerte insensata del deseo. Al principio es posible que no fuera más que un juego, un vértigo —¡asústame!—. Pero la imagen se adhiere a la cadena maquínica, se rompe, se desgarrar. La muerte de la imagen se abre entonces sobre un deseo más desterritorializado. Por cada ruptura hay una nueva muerte que se rebela. ¡Que te den a ti y a tu papá-mamá! Ya que estoy ebrio, me ofrezco para el holocausto. Decidir lo indecible. Ocupar un lugar entre los «suicidados de la sociedad»³. Negarse a participar en la farsa en el preciso momento en que se ha vuelto *políticamente* intolerable. Una muerte para borrar la última línea de fuga posible. Y también para fastidiar al *socius*⁴. Sus trucos atrapabobos que hablan del ser-para-la-muerte, su asistencia social del ser-para-el-margen,

³ Referencia al ensayo de Antonin Artaud, *Van Gogh, Le suicidé de la société*, París, K. éditeur, 1947. Trad. cast.: *Van Gogh, el suicidado por la sociedad*, Buenos Aires, Argonauta, 2007 (N. del T.).

⁴ En origen, la palabra *socius* remite a la diversas tribus autónomas de la península italiana que mantuvieron una alianza militar con la República romana hasta la llamada «Guerra de los aliados», (los cuales deseaban que se les concediera la ciudadanía romana). Deleuze y Guattari se apropian del término para designar la realidad económica y social, la «máquina social». (N. de los E.).

sus cócteles Eros-Tánatos. El último reflejo en las imágenes escarchadas de la espera, el desgarró insoportable, en fin, la muerte diamantina del deseo innombrable.

I. REVOLUCIÓN MOLECULAR
Y LUCHA DE CLASES

EL FIN DE LOS FETICHISMOS

Detrás de Marx y de Freud, detrás de la marxología y la freudología, se encuentra la realidad merdosa del movimiento comunista y del movimiento psicoanalítico. Es de allí de donde hay que partir y es allí adonde debemos volver siempre. Y cuando hablo de mierda casi no se trata de una metáfora: el capitalismo lo reduce todo al estado de mierda, es decir, al estado de flujos indiferenciados y decodificados de los que cada uno debe extraer su parte de una manera privada y culpabilizada. Se trata del régimen de la intercambiabilidad: cualquier cosa, dentro de su «justa» medida puede equivaler a cualquier otra. Marx y Freud, por ejemplo, reducidos al estado de papilla dogmática, podrán ser comercializados sin ningún riesgo para el sistema. El marxismo y el freudismo, escrupulosamente neutralizados por los cuerpos constituidos del movimiento obrero, del movimiento psicoanalítico y de la Universidad, no solamente no incomodan a nadie, sino que han llegado incluso a convertirse en los garantes del orden establecido, la demostración por reducción al absurdo de que es imposible amenazarlo seriamente. Se objetará que no debemos imputar a esas teorías las desviaciones de aquellas prácticas que proclaman su filiación con ellas, que su mensaje original ha sido traicionado, que, precisamente, convendría remontarse a las fuentes, revisar las traducciones defectuosas, etc. Ésa es la trampa fetichista. No hay ningún ejemplo, en el campo de las ciencias, de un respeto semejante de los textos y de las fórmulas enunciadas por los grandes sabios. El revisionismo es aquí la norma. Las teorías constituidas son incesantemente relativizadas, disueltas, dislocadas. Aquellas que resisten son asediadas una y otra vez. Lo ideal no sería en absoluto momificarlas, sino hacer que se abran hacia otras construcciones, también provisionales,